

## DORSAL 261

KATHRINE  
(BOSTON, 1967)

A Kathrine le estaba costando coger el sueño, demasiadas emociones. Se puso a recordar cuando era una niña de doce años, tan flaca e insegura, a punto de entrar en el instituto, aquella conversación que tuvo con su padre, cuando le dijo que quería ser animadora. «Tú no tienes que animar a los demás, los demás tienen que animarte a ti», le dijo. «En la vida hay que participar, no solo mirar». «Tu instituto tiene un equipo de hockey sobre hierba y si corres un kilómetro al día serás de las mejores jugadoras», sentenció. Ella se lo discutió: «No creo que pueda correr tanto». «No te preocupes, yo te ayudaré. No se trata de ir rápido, sino de terminar», le contestó él. Todos los augurios de su padre se cumplieron. Aprendió a ponerse en forma, a no tirar nunca la toalla. Sintió que era capaz de cualquier cosa. Años más tarde, cuando entró en la Universidad de Siracusa para estudiar Periodismo se extrañó de que no hubiese ni un solo deporte para mujeres. Fue cuando preguntó al entrenador del equipo masculino de atletismo y de campo a través si podía correr con ellos. Se quedó pasmado. Lo que para ella era natural a él le resultó insólito. Le dijo que sería bienvenida a los entrenamientos, pero que no podría federarla. Los integrantes del equipo se sorprendieron al principio, pero acabaron apoyándola mucho. Pero si alguien le enseñó a correr ese fue Arnie Briggs, aquel entrenador voluntario que venía todos los días, un exmaratoniano veterano que le contaba historias fascinantes de la prueba, de sus quince participaciones, que le fueron calando poco a poco y que la inspiraron a participar en la carrera. Hasta que un día le dijo: «Arnie, quiero correr el maratón de Boston».

Amaneció nevado, el día era desapacible. A Kathrine le hubiese gustado lucir una camiseta que había reservado para la ocasión, pero no le ha quedado más remedio que

ponerse una sudadera encima donde ha prendido el dorsal que le asignó la organización al inscribirse: el número 261. La gente va muy abrigada, una mujer puede pasar desapercibida entre la multitud. Ese frío le recordó aquel día en que discutió con Arnie en mitad de una ventisca, rodeados de muchísima nieve, en un entrenamiento en Siracusa.

«Las mujeres no pueden correr tanto, son más frágiles que los hombres». «Venga ya, Arnie, qué tontería». «De acuerdo, si me demuestras que eres capaz yo seré el primero que te lleve a Boston».

Tumbada en la cama, Kathrine recuerda aquel entrenamiento que hicieron Arnie y ella para convencerle de su valía. Lo que le dijo su entrenador tras finalizar: «No me lo creo, te veo genial, estás perfecta». «Arnie, me ha sabido a poco, vamos a correr ocho kilómetros más». «¿Estás segura, te ves capaz?». «¡Claro! ¿Y tú?». Kathrine se acuerda de aquel fuerte abrazo entre los dos tras acabar el entrenamiento. Arnie cayó al suelo medio desmayado, estaba destrozado. ¡Habían corrido cincuenta kilómetros! Y Arnie cumplió su palabra.

Kathrine sigue calentando rodeada de hombres. Todos se muestran amables con ella, la animan. «Ojalá mi novia corriese». Los oficiales los acomodaron en la línea de salida, todos iban igual de abrigados, los miembros de la organización no se dieron cuenta de que había una mujer con dorsal, sonó el pistoletazo y echaron a correr. «Tenías razón, Arnie, no hay ningún problema». «Ya te lo dije que no lo habría», afirmó su entrenador. Los primeros kilómetros transcurrieron con normalidad, fueron fantásticos, hasta que el coche de la prensa descubrió que había una mujer en carrera con dorsal. Se volvieron locos. «¡Una chica en carrera, una chica en carrera!, ¡Tiene número!», gritaban. Y comenzaron a hacerle fotos y ella les saludaba con la mano. Empezaron a seguirla. Hasta que pasó lo que pasó.

Arnie había insistido en que se apuntase a la carrera, pero Kathrine le dijo que no podía porque era una mujer y era preceptivo rellenar un formulario. No la iban a dejar. Aunque no había normativa sobre sexos a la hora de participar, posiblemente porque no esperaban que una mujer tuviese la osadía de presentarse a tal evento, era muy arriesgado. Entonces, a ella se le ocurrió inscribirse tal cual firmaba, con las iniciales de sus dos nombres y con su apellido: K.V, Switzer. Pagó los tres dólares y envió los papeles de la inscripción. Le asignaron el dorsal 261, los de la organización pensaron que era un hombre. Arnie sabía que con el dorsal acabarían por descubrirla en carrera, pero le dijo que estaba orgullosa de ella.

Kathrine oyó un traqueteo. Se giró rápido, pensó que era un perro o algo. Y lo que se encontró fue la cara más furiosa que había visto jamás en un hombre. Se trataba de Jock Semple, uno de los comisarios de la carrera, que se había percatado de su presencia. La agarró, la tiró hacia atrás e intentó quitarle el dorsal mientras gritaba: «Sal de mi carrera y devuélveme el dorsal». «No toleraré que haya una mujer en mi carrera». La prensa inmortalizó la escena fotográficamente, con unas imágenes que darían la vuelta al mundo. Ella volvió a la carrera, chilló. Él comenzó a insultarla. Le agarró de la camiseta. Arnie le dijo: «¡Déjala en paz! No pasa nada, yo la he entrenado. ¡Déjala!» Pero el iracundo organizador dio otro empujón a su entrenador. Entonces, Tom Miller, exjugador de fútbol americano y novio de Kathrine, que también participaba en la prueba y que en esos momentos corría unos metros por detrás, se adelantó y con fuerza sacó al comisario a empujones del circuito. A partir de ese momento, la prensa no dejó de hostigarla sin descanso. «¿Qué intentas demostrar?, ¿Qué haces aquí?, ¿Por qué estás corriendo?». Arnie le gritó: «Corre como nunca». Y siguieron corriendo. Fue un momento horrible. Kathrine tenía veinte años, era su primera carrera, estaba muy orgullosa de sí misma y muy contenta de estar allí. No pretendía demostrar nada, solo quería correr y se sintió

humillada, avergonzada y con mucho miedo. Después, estalló de rabia. Miró a Arnie y le dijo: «Voy a terminar esta carrera arrastrándome o a gatas si es necesario, porque si no la acabo nadie creerá que las mujeres pueden hacerlo». Por momentos, deseó no estar ahí, no haber participado, pero tenía un compromiso. Así que decidió seguir con más energía aún, sabía que podía correr mucho tiempo, pero no tan rápido. Sin embargo, su entrenador le dijo que sería mejor bajar el ritmo y no separarse. En los siguientes kilómetros de carrera Kathrine maduró mucho, sintió que había empezado el maratón como una niña y que lo acabaría siendo una mujer adulta. El recorrido de la prueba era tan largo que pasó por muchas fases vitales, pero había un pensamiento que no se le iba de la cabeza: «¿Por qué me hace esto el organizador?, ¿Por qué, de repente, alguien intenta echar por tierra mis ilusiones sencillamente por ser una chica?». Ella sabía que podía acabar la carrera, que había entrenado distancias mayores, lo que le había hecho sentir fuerte. Esos entrenamientos y su propia superación le dieron mucha confianza en sí misma. Era perseverante por naturaleza y le sobraba coraje para finalizar la prueba. Claro que tenía miedo, como el resto de corredores. Compartía los mismos nervios que ellos por si se torcía un tobillo, o comenzase a sentirse mal o cualquier circunstancia de carrera, pero no podía permitírselo, no podía desconcentrarse. Se propuso correr con naturalidad, mezclada con el tumulto de los corredores. Nadie más intentó obstaculizarla en el recorrido. Algunos corredores anónimos la escoltaron hasta la pancarta final. Había sido una carrera dura, a la propia dureza de la competición se había unido el miedo, ya que en todo momento Kathrine estuvo alerta por si alguien más se abalanzaba sobre ella. Una vez cruzada la línea de meta fue descalificada.

En el camino de vuelta Kathrine y su equipo pararon a comer en un restaurante. Ojearon la prensa, todos los periódicos mostraban el incidente con el comisario de carrera. El reportaje fotográfico resultaba impactante. Todo había sido muy extraño. Fue cuando

tuvo la certeza de que todo lo que había sucedido podría cambiar el deporte femenino, todavía no sabía cómo, pero en ese momento tomó la decisión de compaginar su vida deportiva con la lucha para cambiar el sistema. En crear oportunidades para las mujeres, en conseguir justicia social para ellas en el deporte.

MARÍA  
(ROMA, 2014)

Se había despertado a las cuatro y la tele estaba encendida pero fundida en negro. Se levantó, fue al baño y se volvió a meter en la cama. Se durmió. La alarma del despertador sonó a las seis, tenía pereza. María se asomó a la ventana. Estaba muy oscuro, pero no llovía. Inició la liturgia: se puso los calcetines y el pantalón corto, el sujetador y la camiseta a la que previamente había fijado con imperdibles el dorsal número 261. Después el chándal. En los bolsillos de la chaqueta metió el pañuelo pirata color rosa, los guantes y las gafas de sol. Finalmente, se calzó las zapatillas y las ató con un doble nudo. Fue a la cocina y se preparó el desayuno: un té y unas tostadas generosas de mantequilla y mermelada de melocotón, que coronó con un vaso largo de zumo de naranja. Volvió a asomarse a la ventana, comenzaba a alborear. El cielo estaba plomizo, el aire era fresco. Amenazaba lluvia.

María se ha emocionado en la salida. Ha dejado escapar alguna lágrima. Siempre lo hace poco antes de comenzar las carreras, valoraba todo el sufrimiento que había soportado hasta llegar allí: entrenamientos en días de calor y de frío, a veces bajo la lluvia, otras bajo el sol de poniente, en largos, en series, en simples rodajes, con dolor, con pocas ganas, con cansancio. Sin embargo, cuando llegaba a la meta siempre sonreía. Sonrisas que eran como una especie de mueca como en aquella canción de Sabina, porque era difícil esbozarlas cuando no le quedaban fuerzas, ni para reír ni para llorar.

Al final el día resulta infame, bañado por la lluvia, con condiciones atmosféricas pésimas. María piensa que va a resultar complicado mantener el equilibrio sobre los adoquines mojados y resbaladizos. Templa los nervios y desentumece las piernas. Hoy más que nunca clama para que los de la organización sean puntuales, para que comience la carrera y pueda sacudirse el frío, para que sus músculos entren poco a poco en calor. Pero va pasando el tiempo, y María, junto al resto de participantes, sigue soportando estoicamente la ira de la lluvia y el viento que sopla furioso. El retraso es ya de siete u ocho minutos. El sonido del pistoletazo, al fin, supone un alivio para los veinte mil inscritos. Inopinadamente, como si de un pequeño milagro se tratase, sale el sol. Pero es un sol tan tímido como un adolescente con gafas de culo de vaso con miedo a que le den calabazas en una verbena una noche de agosto. Sus rayitos timoratos animan a los atletas a desprenderse de toda clase de camisetas, ponchos de plástico y bolsas gigantes de basura. Y es cuando todo se convierte en un pequeño caos, pues todos esos desechos son un serio peligro para la integridad física, porque se pueden enredar entre los pies y hacerlos caer. María, como el resto, sortea los grandes charcos que se han formado, tratan de evitar que se les mojen los pies e ir toda la carrera con ellos húmedos. En el kilómetro 3 se encuentran con la primera subida. El agua corre calle abajo. La carrera se ha ralentizado de tal manera que casi tienen que pararse porque no hay asfalto para progresar. Todas estas vicisitudes hacen que María no disfrute de los primeros compases de la prueba. Son tantas las precauciones que apenas puede admirar las vistas, se conforma con no caer, con sobrevivir. Poco a poco la carrera comienza a estabilizarse y puede comenzar a admirar los monumentos que ofrece la ciudad al paso de los competidores. María ya ha cogido su ritmo. Ha rebasado a un corredor que iba haciendo juegos malabares con tres bolas con nariz de payaso.

Casi a la mitad de la prueba, en la Ciudad del Vaticano, la lluvia ha vuelto iracunda y se ensaña con los corredores que piden clemencia y que no les queda más remedio que soportar el chaparrón y seguir corriendo, parece que el paso por el corazón de la cristiandad ha hecho remover el cielo y han abierto de nuevo las compuertas de par en par. El agua activa el ánimo a María que corre con fuerzas renovadas. Va a hacer mejor marca de la que pensaba. Adelanta a un corredor que va descalzo y sin camiseta. En el pantalón lleva prendido el dorsal. Tiene el pelo largo y está muy moreno, y tiene cierto parecido con el cantante Iggy Pop. En el kilómetro 33 se entra en el corazón del centro histórico de Roma. La gente llena las calles y siente su aliento muy cerca.

Entonces, María comienza a toparse con el muro, con ese muro que ha ido construyendo ladrillo a ladrillo. Bien porque ha gastado las fuerzas antes de tiempo o porque las ha despilfarrado por el entusiasmo, o simplemente las ha agotado con cicatería. Ella sabe que la épica de la carrera comienza en este momento, cuando parece que se te ha acabado la gasolina, que los hidratos de carbono se han consumido y tienes que tirar de ese combustible malo que son las grasas, y debes administrar las pocas energías que te quedan. Ahí es el momento de la verdad, es en ese preciso instante donde tiene sentido todo lo que ha entrenado, donde el cerebro de María tiene que seguir ordenando a sus piernas que no se paren, que den un paso más. En esos momentos, el calor del público, sus gritos de aliento se alojan en su corazón. Choca las palmas de las niñas que ofrecen sus manitas, aunque no tenga fuerza ni para tocarlas. Le gustaría agradecer a toda esa gente que sin conocerla se desgañita, y le hacen sentir la única corredora del universo. Y van cayendo los kilómetros más lentos de lo que ella quisiese, y le adelantan corredores con insultante velocidad, como si se hubiesen guardado todas sus fuerzas para humillarla, otros simplemente le rebasan a paso de crucero, hasta ella misma va dejando cadáveres, muertos vivientes que andan rotos, apretándose con una mano las zonas lesionadas,

extenuados, cabizbajos, como pidiendo perdón, como si fuesen camino del destierro. María no va bien. Iggy Pop le adelanta, parece que sus pies desnudos se deslizan con más rapidez por los adoquines mojados que sus zapatillas húmedas y pesadas. O simplemente que es mejor corredor que ella o ha sabido regular mejor sus fuerzas. Cuando llega a la *Piazza Spagna* en el kilómetro 40 ya huele la meta, y el nombre de la plaza le da alas. A la izquierda queda la famosa gran escalinata que te lleva a la iglesia de Santa Trinidad del Monte. María ve el cartel que señala el kilómetro 41, su favorito de siempre porque es el que anuncia que queda poco más de mil metros para la gloria. Cuando lo ve sabe que va a llegar, aunque sea reptando. Se toca su dorsal 261 del pecho como buscando ánimo, y aunque le pesan las piernas y tenga que apretar los dientes, aunque su cuerpo esté al límite, y más que flaquearle las fuerzas es que ya no las tiene, comienza a dibujar una sonrisa, que más bien se queda en esbozo, pues es una mueca que, escrutada con un potente teleobjetivo, sería difícil distinguir si se trata de un gesto de alegría o de dolor. Además, el final del recorrido pica hacia arriba y correr no está siendo ni fácil ni placentero. Es por lo que este último kilómetro no le da tregua, se le está atragantando, se le está haciendo muy largo, y cuando barrunta la meta aún tiene que dar media vuelta a una plaza antes de vislumbrarla. Pero sí, sí, ahí está, ya está enfilando la recta final, ya le queda a la derecha el Foro Imperial, ya ve el Coliseo, ya lanza un beso al cielo. Ya ve la legión de romanos a su izquierda haciendo el pasillo camino de la gloria. Cuando cruza la meta le cuelgan su medalla de *finisher* que no se quitará en todo el día. Le dan un vaso de té caliente y un plástico para guarecerse del frío. Ni siquiera la lluvia podrá borrar las huellas indelebles de María sobre los adoquines romanos, ni el viento fresco podrá arrastrar su risa, esa risa de los momentos felices.

## EPÍLOGO



En 1967 Kathrine Virginia Switzer logró correr el maratón de Boston a pesar de estar prohibido para las mujeres. Se convirtió en la primera mujer en correr la mítica prueba con dorsal. Tenía veinte años, era estudiante de Periodismo y en su sudadera lucía el dorsal número 261. A la hora de la inscripción lo hizo con las iniciales de sus nombres y su apellido, «KV Switzer», la organización dio por hecho que se trataba de un hombre. Durante la carrera, Switzer fue fotografiada como la gran curiosidad, perseguida para evitar que siguiera adelante y, finalmente, descalificada cuando cruzó la meta. La fotografía de la primera corredora de maratón con un dorsal zarandeada y empujada por un hombre para descalificarla de la prueba, es sin duda uno de los iconos de la discriminación por razones de género en el deporte. Cinco años después, la organización permitió que las mujeres participaran en la carrera de Boston, pero hasta 1984 en los Juegos de Los Ángeles no se incorporó al programa olímpico la prueba de maratón femenino (y Katherine Switzer fue una figura esencial en el proceso para su inclusión), Ella no descuidó su carrera deportiva pues ganó el maratón de Nueva York en 1974 y fue segunda en Boston en 1975. Pero supo compaginar su pasión por el deporte con su activismo. Ha luchado toda su vida por la igualdad de las mujeres en el ámbito deportivo, se ha convertido en un icono del feminismo. Su dorsal número 261 es un un símbolo del empoderamiento, de la igualdad de género en el deporte.

Sería injusto no citar a Roberta Gibb, que durante tres años consecutivos, también en el maratón de Boston, estuvo escondiéndose entre unos arbustos con la capucha de la sudadera cubriéndole la cabeza junto a la línea de salida. Trataba de pasar desapercibida. Y cuando sonaba el pistoletazo que daba comienzo a la carrera, aprovechaba la marabunta de corredores para unirse a ellos. Nunca tuvo problemas para completar la prueba. Corría sin dorsal, algo frecuente porque siempre había espontáneos que se unían a la carrera sin haberse inscrito. Los jueces solían hacer la vista gorda con este tipo de participantes. En

realidad, Roberta Gibb fue la primera mujer que corrió un maratón, el de Boston en 1966. Pero quizá la historia no fue justa con ella, pues todo el mérito recayó en Katherine Swinter.

Roberta y Kathrine rompieron esquemas y roles en un tiempo en que se negaba el deporte femenino. Fueron unas pioneras, unas referentes. Gracias a ellas, atletas como María, la mujer protagonista de la segunda parte de este relato, solo tienen que preocuparse de preparar, sufrir, disfrutar... el maratón. No tienen que correr con el miedo a que alguien aparezca de repente a sacarlas a empujones de la carrera.